CARTA

Dirigida por M. Lago, Representante de Austria en México, al Gobierno Austriaco.

México, 23 de Junio de 1867.

Me prometo que V. E. habrá recibido mi carta de 30 del mes último, y me permito dirigirle una relacion abreviada de los sucesos que han sobrevenido despues, en tanto que el tiempo y las circunstancias me lo permitan, reservándome dar mas tarde comunicaciones mas detalladas.

No obstante los obstáculos que el teniente general Márquez opuso á mi marcha, pude salir de Mexico el 31 del mes último, por el canal de Chalco, y al cabo de un viaje de tres dias llegué á Querétaro en la noche del 3de Junio. Al punto fuí á la prision del convento de Capuchinas, donde hallé á S. M. en la cama, enfermo de cuerpo (disenteria), pero sano de ánimo y valerosamente resig-

nado. Centenares de soldados estaban tendidos en las escaleras y corredores que era preciso atravesar para llegar á S. M., de modo que habia que pasar forzosamente por encima de ellos.

El cuarto era una celdilla que se hallaba al extremo de un corredor, en el primer piso, de unos diez pasos de largo, sobre tres de ancho, y no contenia otra cosa que una cama de campaña, un armario, dos mesas, un sillon y cuatro sillas de paja. El suelo era de toscos ladrillos, y habia una puerta y una ventana que daban á un corredor. Delante de una puerta se encontraba un centinela, y delante de la ventana estaba tendido un oficial en un jergon. Por la noche, un general y tres coroneles hacian centinela, con el revólver en la mano, delante del cuarto imperial. Los dos generales imperiales Miramon y Mejía, estaban detenidos en dos celdillas vecinas de la del emperador, y tenian la facultad de conversar libremente con su soberano. No lejos de allí se encontraban, mas no como prisioneros, el Dr. Basch, médico particular de Maximiliano, y dos sirvientes europeos.

Desde que llegué tuve casi cada dia entrevistas de muchas horas con S. M., que siempre me trató del modo mas afable y benévolo. S. M. ve tambien muy á menudo á mis colegas, que igualmente han llegado á Querétaro, el ministro residente de Prusia, el encargado de negocios belga M. P. Harricks, y el encargado de negocios italianos Sr. Curtopatti, mostrándose con todos no menos amable. En el intervalo habiamos adquirido, en razon al giro grave y desesperado de las cosas, la conviccion de que los dos abogados, Riva Palacio y Martinez de la Torre, venidos de México, obrarian en San Luis, centro del gobierno republicano y por consiguiente el lugar en donde se tomaria la decision definitiva, con mas eficacia, en interes de la causa de Maximiliano, que en Querétaro, donde debian permanecer los otros dos abogados, Ortega y Vasquez.

Poco tiempo despues de la llegada de los dos primeros abogados á San Luis, nos decian por telégrafo que sus esfuerzos habian fracasado completamente, y que se habian

negado á pronunciar, como ellos pedian, la incompetencia del tribunal destinado á juzgar al emperador. Este tribunal se componia de seis capitanes, y era su presidente un teniente coronel. Los abogados habian propuesto que la causa fuese fallada por un consejo de guerra compuesto de generales ó por el congreso general. A consecuencia de las desconsoladoras noticias que nos enviaron los abogados aquel mismo dia por una estafeta de San Luis, M. de Magnus, representante de la Prusia, partió inmediatamente para aquella ciudad para intentar allí un postrer esfuerzo, con la mira de alcanzar mejor resultado, ó para obtener al menos una suspension del procedimiento judicial.

Para no descuidar nada por mi parte, de cuanto podia ser útil al desdichado prisionero, me ofrecí, aun cuando no hubiese sido llamado á San Luis por el telégrafo, á acompañar á mi colega prusiano, tanto mas cuanto que el canciller de este se hallaba en Querétaro enfermo de bastante gravedad. Solo en virtud de la declaraeion solemne hecha,

pues, por los dos abogados que se habian quedado y demas colegas, de que la presencia de un representante austriaco en San Luis no podria menos de perjudicar á la causa del emperador, renuncié al proyecto de ir, por lo cual S. M. me dió las gracias vivamente aquella misma tarde, puesto que necesitaba de mí en Querétaro. El emperador no fundaba esperanza alguna en las negociaciones entabladas en San Luis; y no esperaba, con razon como se ha visto despues, absolutamente nada de allí en lo que tocaba á su vida y honra.

El 12 y el 13 comenzó el proceso en el teatro de la ciudad. El consejo de guerra se hallaba, como los acusados, en el escenario, y el auditorio en las lunetas y los palcos; el teatro estaba poco alumbrado.

Como S. M., á causa de su enfermedad, pero principalmente por un sentimiento de honor herido, no quiso presentarse de ningun modo en lugar semejante, á menos que empleasen la fuerza, suspendieron el procedimiento respecto de su persona, y comenzaron por los generales Miramon y Mejía,

que en efecto tuvieron que presentarse en el escenario.

Por fin, en la mañana del 14 comenzó la defensa de los abogados imperiales, despues que hubieron probado que el proceso podia tener lugar y pronunciarse el fallo legalmente, sin que el acusado compareciese en persona ante sus jueces. Mas tarde podré dar cuenta con mas pormenores á V. E. de los trece puntos de acusacion y de la defensa. Ademas de la usurpacion del poder supremo, la guerra civil, etc., el punto que figura en primer línea en la acusacion es la sancionadada á la ley del 3 de Octubre de 1864, en cuya virtud, segun afirman notabilidades liberales, han sido ejecutadas cuarenta mil personas desde entonces en el país.

El 14 á las nueve de la mañana, un ayudante del general Escobedo vino á buscarnos á MM. Harriks, Curtopatti, Forest (antiguo Cónsul de Francia en Mazatlan y encargado de poderes confidenciales del embajador de Francia) y á mí, y nos llevó al cuartel general, donde se nos dió órden de salir de Querétaro dentro de dos horas. Ape-

nas tuvimos tiempo de comunicar á S. M. esta medida, y de arreglar nuestros efectos, cuando llegó una segunda órden para que saliésemos inmediatamente. Un cuarto de hora despues, una diligencia preparada para nosotros nos sacaba de Querétaro. El ayudante nos dió un pasaporte para Cuautitlan y Tacubaya, y nos declaró, en nombre del general Escobedo, que si no saliamos al instante de Querétaro ó si volviamos antes de siete ú ocho dias, nos costaria la vida.

Despues de un penoso viaje, el 16 por la tarde llegamos á Tacubaya, donde supimos que el general Márquez no pensaba en rendir la ciudad, sino que continuaba despojando y torturando á los habitantes del modo mas descarado, en tanto que anunciaba oficialmente que el emperador habia alcanzado brillantes victorias y que debia llegar de un dia á otro.

En la capital habia hecho el hambre progresos espantosos: una tercera parte de la poblacion habia huido á los puntos ocupados por los liberales, donde reinaba una miseria inmensa, donde horribles epidemias comenzaban á ejercer destrozos.

En el campo de los liberales, la exasperacion contra el general Márquez, contra los demas generales imperiales y contra los oficiales y soldados extranjeros que servian bajo sus órdenes, habia llegado al colmo, en atencion á que era imposible admitir que pudiesen aún estar en duda sobre la suerte del emperador. Así es que les reprochaban que querian continuar la efusion de sangre inútilmente y sin esperanza de triunfo, por pura pasion y obstinacion. Todos los oficiales superiores mexicanos y europeos se hallaban, pues, en la lista de los que debian ser ejecutados despues de la toma de México.

Por otra parte, S. M. el emperador me habia designado á mí, lo mismo que á mis colegas, al general Márquez como el mayor traidor, que despues que habia salido de Querétaro habia obrado siempre de un modo directamente opuesto á las instrucciones que habia recibido del emperador. Así el emperador me dijo que el general Márquez no habia estado nunca autorizado para ponerse en marcha sobre Puebla, sino que ha-

bia recibido órden de pasar, con la guarnicion de México y las sumas depositadas en esta ciudad, á Querétaro, en donde habria ofrecido entonces al ejército principal de los liberales una batalla decisiva, cuyo resultado le habria sido ciertamente favorable.

Cuando hubieron esperado vanamente durante algunas semanas el regreso del general Márquez, tomaron la resolucion, al cabo de numerosos combates, siempre felices contra el ejército sitiador seis veces mas numeroso, de abandonar á Querétaro y marchar sobre México. Debian partir el 15 por la mañana, mas á las tres de la madrugada el traidor López, hasta entonces un gran favorito del emperador, y comandante del convento fortificado de la Cruz, habia introducido al enemigo en este punto que domina todo Querétaro. El mismo emperador me contó, que con la intencien de reunir allí sus tropas, pasó á la colina bien fortificada del Cerro de la Campana que se halla al Oeste de la ciudad.

Allí habria esperado al general Miramon; pero en el intervalo este habia recibido una

fuerte herida en el rostro y habia sido hecho prisionero. Aquí pasó sin ningun provecho el tiempo precioso que habria podido utilizarse para abrirse un camino y para huir. Cuando supo el emperador la suerte de Miramon, ya no era posible pensar en la fuga.

La mayor parte de las tropas imperiales que durante el sitio se habian mostrado tan valientes y fieles, habian sido sorprendidas y se hallaban prisioneras y dispersas. Hasta el general Mejía aconsejó al emperador que se rindiera, puesto que las columnas enemigas de asalto se acercaban por todas partes, sufriendo un fuego terrible de metralla.

El emperador tomó entonces él mismo la bandera blanca y se rindió al general Riva Palacio, hijo de su abogado actual. Cuatro dias antes, el coronel López, el traidor, habia ido al cuartel general de Escobedo y habia ofrecido su traicion por 2.000 onzas de oro, de lo cual parece que solo ha recibido unos 7 000 pesos.

El emperador me dijo él mismo que López le habia vendido á él y sus tropas por unos once reales por cabeza.